

negó D. Carlos á la paz con que se le rogó por parte del enemigo.

Encendida otra vez la guerra entre Inglaterra y la Francia, solicitó ésta en virtud de los tratados, que la España tomase parte en aquella lucha: antes de decidirse D. Carlos, quiso hacer oficio de mediador entre las dos potencias enemigas; mas siendo inútiles sus esfuerzos, se adhirió á la Francia. Unidas las dos escuadras española y francesa, doblando el canal de la Mancha, pasaron á bloquear á Plimouht en Inglaterra, sin mas resultado que el de apresar un navío y perder otro. Intentó por entonces Carlos III reconquistar á Gibraltar y Mahon. Ocho meses estuvo bloqueada la plaza de Gibraltar, y cuando ya empezaban á carecer de víveres los sitiados, fueron socorridos por la escuadra inglesa, que apoderándose al paso de un convoy de 22 buques españoles, y batida despues nuestra flota, entró libremente en Gibraltar. Mas feliz fué la empresa contra Menorca. pues el duque de Crillon ocupó toda la isla y obligó á rendirse al gobernador inglés, que se defendió ocho meses en el fuerte de S. Felipe. Volvió Carlos á intentar la rendicion de Gibraltar, dando el mando de las tropas al mismo Crillon. Como no se pudiese batir la plaza desde las naves, á propiеста de un ingeniero francés se construyeron baterías flotantes, y cuando empezaban á jugar contra la plaza con buen efecto, los sitiados dispararon bala roja de calibre mayor, abrasaron en un momento las baterías, y los que las montaban hubieran perecido todos, si el mismo general inglés no les hubiera enviado lanchas en que se librasen de la muerte. Con igual vigor se hacia la guerra por la parte de las Américas; los españoles quitaron varias fortalezas á los ingleses, y los lanzaron de Campeche y Panzacola. En la Jamaica, donde los ingleses habian tomado la fortaleza de S. Fernando, tuvieron que huir precipitadamente, dejando en poder de los nuestros muchas libras de oro y plata de que se habian hecho dueños. Nosotros perdimos el fuerte de S. Juan. Se ajustó luego la paz devolviéndose mutuamente lo conquistado. El comercio con esto volvió á tomar nuevo vigor, á lo que contribuyó mucho tambien el tratado que entonces se hizo con el gran señor. Para quitar todos los óbices que impedían el total desarrollo del comercio marítimo, envió D. Carlos á D. Antonio Barceló para que bloquease á Argel hasta obligar á sus habitantes á que entrasen en negociaciones; mas aunque sufrió dos bloqueos en diferentes épocas, solo se consiguió una tregua.

En medio de la guerra, y mucho mas cuando se lo permitió la paz, trabajó D. Carlos cuanto pudo

para hacer la prosperidad del pais. Entre sus providencias se cuenta la espulsion de los jesuitas. En las demas órdenes religiosas y en el clero procuró á la vez alguna reforma. Al tribunal de la inquisicion, que con frecuencia se mezclaba en asuntos políticos, se le mandó no pasar los límites de su jurisdiccion. Hizo fundir la moneda desgastada con el uso, y suplió de su peculio los gastos que ocasionó esta medida. Madrid bajo aquel reinado adelantó mucho en la hermosura y grandeza de los edificios y en la limpieza de las calles. Se fundaron academias y sociedades patrióticas *de amigos del pais* en las provincias para que fomentasen la agricultura y las artes. En su tiempo se estableció el colegio de artillería de Segovia. Abrió infinitos caminos y canales: son tantas las obras de utilidad que en todas las provincias llevan á su frente el nombre de Carlos III, que fuera muy prolijo enumerarlas. El comercio, las artes, las ciencias, el ejército, la marina, todo adquirió mejoras, animacion y fomento en el glorioso reinado del inmortal Carlos III.

Carlos IV. (Año 1789).

Heredó Carlos IV la corona, pero no la actividad y acierto de su padre en la administracion del reino. Era de genio bondadoso, pero mas condescendiente de lo que convenia á un monarca. Dejábase gobernar por las personas que le rodeaban, y como estas carecian de los conocimientos necesarios, ni pudieron ni acaso quisieron hacer la felicidad del pais. Las circunstancias en que empezó á reinar eran á la verdad demasiado difíciles; pero aun lo fueron mucho mas por el desacierto de los que mandaban. Había estallado en Francia el volcan de la revolucion: su rey habia sido aprisionado, procesado y condenado á morir en un cadalso. La España habia interpuesto inútilmente su valimiento y sus amenazas para que no se ejecutase aquella fatal sentencia; y al ver burlada y despreciada su mediacion, trató, unida con las demas potencias, de cortar el vuelo de aquella revolucion, que amenazaba cundir por toda Europa. Mientras los condes de Aranda y Floridablanca ocuparon el ministerio no se rompió con la Francia; pero fué luego nombrado ministro de Estado D. Manuel Godoy, que sin otro mérito que el favor, ascendió en poco tiempo de simple individuo de guardias de corps á Grande de España, duque de Alcudia y capitán general; y deseando distinguirse con alguna accion notable, mandó que nuestros ejércitos invadiesen la Francia. Consiguieron al principio algunas ventajas, pero al cabo de tres años y medio de

guerra, nuestras tropas fueron repelidas por las francesas, que se apoderaron de una parte de las provincias Vascongadas, y de la fortaleza de Figueras en Cataluña, y pasaran más adelante, si no se hubiera ajustado la paz por medio de un tratado tan desventajoso para la España y de tanta ignominia, que la hubiera sido más decoroso el sucumbir á la fuerza de las armas. Obligábase la España á ceder al enemigo la isla de Santo Domingo; entregar 28 millones de pesos fuertes; y ayudar á la Francia cuando tuviese guerra con otra potencia, con 16,000 hombres de infantería, 8,000 de caballería y 15 navíos de guerra con su correspondiente tripulación. Tales fueron las condiciones de la paz de *Basilea*. A los españoles se les quiso hacer creer que les era muy ventajoso aquel tratado: Godoy adquirió por él el pomposo é indebido título de *Príncipe de la Paz*.

Esta paz fué la causa de la guerra que desde este momento tuvimos que sostener contra la Gran Bretaña. En el cabo de S. Vicente se dió la primera batalla naval, en que perdimos cuatro naves. La escuadra inglesa se dirigió luego contra Cádiz y la bombardeó; pero sus buques padecieron más que la misma población. No fueron más felices los ingleses en su expedición contra Tenerife; pues fueron rechazados con gran pérdida; y si lograron volver al mar, lo debieron á una capitulación. También fueron arrojados de la provincia de Goatemala. Las tempestades acabaron con la flota inglesa mandada contra Filipinas. De 10,000 hombres que acometieron á Puerto-Rico perecieron 2,000, y toda la artillería, víveres y municiones quedó en poder de los españoles. Pero en cambio de estas ventajas perdimos las islas de Menorca y de la Trinidad.

Habían desembarcado 15,000 ingleses en las costas de Galicia, pero vencidos en dos batallas, tuvieron que reembarcarse con suma pérdida. Hallábase el reino de Sevilla afligido con una espantosa epidemia, y el inglés creyendo sacar partido del terror en que estaban sumidos aquellos habitantes, se presentó al frente de Cádiz y pidió que le entregasen los navíos y todos los efectos de marina que allí hubiese; mas habiéndosele dado una contestación negativa, se retiró sin atreverse á tomar por la fuerza lo que pretendía con amenazas. Habían sido llamados para componer el ministerio Jovellanos y Saavedra, sugetos eminentes en materias políticas y literarias; pero las esperanzas que concibieron los españoles al ver al frente de los negocios á tan distinguidos sugetos, se desvanecieron bien pronto, pues antes de seis meses se vieron los dos privados de sus destinos, y Jovellanos arrastrado á la prisión.

Parecía estar la España estrechamente unida con la Francia, pero en realidad más que unión era una verdadera dependencia: lo mismo sucedía á Portugal con respecto á la Gran Bretaña. Napoleón, enemigo irreconciliable de los ingleses, hizo que la España declarase la guerra á Portugal, en cuyo territorio penetraron 60,000 soldados á las órdenes del príncipe de la Paz: hicieron dueños de tantas plazas cuántas sitiaron, que fueron muchas. Ya se veía amenazada Lisboa, cuando el portugués pidió la paz, que se le concedió bajo la condición de apartarse de la liga de los ingleses y de no admitirlos en sus puertos. El ejército francés, que también venía á tomar parte en esta guerra, retrocedió de Ciudad-Rodrigo, sin haber hecho más que consumir algunos millones en su manutención, pues comían á costa nuestra. Poco después se firmó la paz con Inglaterra.

Para cubrir el *déficit*, que por efecto de la guerra ó por la mala administración había resultado á las rentas públicas, se vendieron las obras pías, y se recogió mucha plata de las iglesias; mas esta medida no produjo el efecto que era de esperar: las escaseces fueron en aumento, y el pueblo miró aquellas providencias y ventas como un ataque á la religión y al culto.

El año 1805 volvió á declararse la guerra entre Inglaterra y Francia: la España aunque se mostraba neutral, servía á esta última suministrándola mensualmente 6 millones de reales. Llevaba muy á mal la Gran Bretaña esta neutralidad de la península, y ya que no pudo hacerla amiga suya contra la Francia, empezó á tratarla como si fuera enemiga. Cuatro fragatas españolas que venían cargadas con oro de la América, apresadas por los ingleses, fueron la primera señal de hostilidad entre las dos naciones; otras varias embarcaciones cayeron también por sorpresa en manos de aquellos infractores de la fé pública. Con motivo de este rompimiento se aprestaron en España tres respetables escuadras, las que unidas después con la francesa, fueron acometidas y vencidas por la de la Gran Bretaña junto al cabo de Trafalgar. La escuadra combinada perdió 17 buques y 2500 hombres entre muertos y heridos. Los ingleses perdieron 1600 hombres y ocho navíos; 9 mas quedaron inservibles.

Napoleón, después de haber humillado las potencias del Norte que se habían coaligado contra él, trató de hacer la paz con los ingleses, y quedó ajustada bajo la condición de que al rey de Nápoles se le había de indemnizar por el reino que acababa de perder con las islas Baleares, y á los ingleses se les

había de dar la posesion de Puerto Rico y de Cuba. Tanta era la delicadeza de los contratantes que balanceaban sus pérdidas con lo que se proponían quitar á otros.

Apoderáronse los ingleses de Buenos Aires por medio de la astucia de aparentar con muchas embarcaciones llevar mas gente de la que realmente era; pero D. Santiago Guiners, oficial de la marina real, con solos 700 hombres y ayudado del pueblo, intimidó en tanto extremo á aquellos nuevos conquistadores, que se rindieron á discrecion. Que-riendo la Inglaterra resarcir esta pérdida y volver por el honor de sus armas, envió al mismo punto una escuadra con 15,000 hombres de desembarco; pero fueron tambien vencidos y precisados á salir de Montevideo y de la provincia del Rio de la Plata.

Napoleon, no menos afortunado en las armas que astuto en la politica, despues de haber vencido á los reyes mas poderosos de Europa, se propuso hacerse dueño de España y Portugal por medio del engaño. Con pretesto de formar un bloqueo contra los ingleses en favor de la España, celebró con esta un tratado secreto, cuyo fin era destronar al rey de Portugal y dividir aquel reino en tres partes, una de las cuales, que era la provincia de los Algarves y Alentejo, se había de dar en soberanía al príncipe de la Paz. (Tres días despues de este tratado se publicó un manifiesto del rey Cárlos IV, en que se quejaba de las tramas urdidas contra él por su hijo el príncipe de Asturias. Estas desavenencias entre padre é hijo, y que no tuvieron ningun resultado, las atribuyó el pueblo á intrigas y composición de Napoleon y del príncipe de la Paz). La conquista de Portugal la efectuaron juntas las dos potencias, mas no se verificó la proyectada division de aquel territorio, pues quedó todo á disposicion de Bonaparte. Bajo pretesto de auxiliar las operaciones contra Portugal, entró en España una nube de franceses, que con apariencia de amigos fueron ocupando á Pamplona, Figueras, Barcelona, San Sebastian y Madrid. Conoció entonces la corte la siniestra idea de Napoleon, y por huir de sus manos determinó retirarse á las Américas. No fué tan secreta esta resolución que no la penetrase el pueblo, y atribuyendo esta fuga á maquinacion é intriga del favorito Godoy, ganado ya por Napoleon, levantó el grito contra el valido, y amotinándose en Aranjuez, acometió la casa del príncipe de la Paz, que logró por el pronto ocultarse entre unas esteras: descubiertó despues, hubiera sido víctima del furor del pueblo, si Cárlos IV no hubiera abdicado la corona en su hijo Fernando VII: la mediación de este y su pre-

sencia bastó para calmar los ánimos, y para que se salvase la vida de Godoy.

Sucesos del siglo XIX. (Año 1808.)

Fernando VII.

Empezó Fernando VII á gobernar el reino bajo los mejores auspicios por parte del pueblo, pero amenazado al mismo tiempo de un enemigo terrible. Napoleon, empeñado en destronarle, si bien en un principio logró su objeto, la constancia del pueblo quedó al cabo superior contra el poder del tirano. Negóse Napoleon á reconocer á Fernando, y con pretesto de una conferencia, le llevó engañado á Bayona. Siguióse á este engaño la libertad de Godoy que fué trasladado á Francia: tras de este lo fué tambien Cárlos IV y la familia real. A Fernando se le obligó á restituir la corona á su padre: este la abdicó en Napoleon: y Napoleon la cedió á su hermano José, que pasó luego á Madrid para encargarse del gobierno. El 2 de mayo, en que debían salir de la corte los infantes D. Antonio y D. Francisco, último resto de la familia real, se conmovió el pueblo madrileño, y se atrevió á disputar al ejército de Murat la posesion de SS. AA. La artillería francesa descargó á metralla sobre los grupos, y la caballería acometió á la plebe como pudiera hacerle contra las haces de un ejército enemigo. El paisanaje por su parte, lejos de intimidarse al ver correr la sangre de sus compatriotas, corrió furioso á la venganza, y no pocos franceses cayeron víctimas del encono popular. La tropa española estuvo encerrada en sus cuarteles: Daoiz y Velarde, que tomaron parte en la defensa del pueblo, sucumbieron acometidos por una columna de franceses. Apaciguado el pueblo mas por ruego de las autoridades españolas que por temor de las armas, consumó Murat su alevosía haciendo fusilar sin distincion de sexos ni edades á mas de 140 personas, sin otro delito que el de hallárseles algun cortaplumas, tijeras ó navaja.

El grito de Madrid contra los franceses resonó en todos los ángulos de la península, y en un momento se vió correr á las armas á cuanta gente se halló en disposicion de tomarlas. En todas las provincias se instalaron juntas, que obraron independientes hasta que se estableció un gobierno central compuesto de dos individuos de cada una de dichas juntas. Se hizo alianza con los ingleses, que nos suministraron muchas armas y subsidios.

Esto sucedia en mayo de 1808, y en el mes de junio del mismo año, nuestras tropas organizadas como por encanto, ya empezaron á batirse con las francesas: nuestro ejército fué vencido en Cabezon de la Sal, y despues lo fué tambien en la batalla de Rioseco. Mas las tropas que mandaban los generales Castaños, Cupigni y Lapeña sellenaron de gloria en los campos de Bailen: 5000 enemigos quedaron muertos y 18,000 prisioneros. El rey intruso abandonó la corte: su ejército fué rechazado de Valencia: Zaragoza se vió libre del rigoroso sitio que sufría; y todas las tropas francesas se replegaron sobre Vitoria. Las que hacían la campaña en Portugal, vencidas por el duque de Wellington, fueron trasladadas por capitulacion á Francia. No por eso desesperó Napoleon de someter á los españoles: puesto al frente de un ejército de 120,000 infantes y 20,000 caballos, tomó por su cuenta la conquista. En Espinosa de los Monteros fué vencido el general Blac, cuyos soldados, á pesar de ser por la mayor parte visosos, no dejaron de entrar con ardor en la pelea; pero vencidos, corrieron en desórden, y hubieran perecido los mas, si el ejército reciénvenido del Norte (1) no se hubiera quedado á retaguardia y contenido mucho al ejército vencedor. Los ingleses tuvieron que reembarcarse: fué ocupada toda la Galicia: se perdió la batalla de Tudela: Zaragoza fué otra vez sitiada, y tomada despues de sufrir un sitio que solo puede hallar ejemplar en el de la antigua Sagunto. Napoleon penetró hasta Madrid, en cuya poblacion entró; pero no sin sentir antes la repugnancia con que se le recibía, pues se le disputó la entrada con las armas. La junta central de gobierno se trasladó á las Andalucías.

En 1809, despues de haber dejado Napoleon á su hermano José en Madrid, regresó á Francia, á donde le llamaba la guerra de coalicion del Norte. Se ganaron en este año las acciones de Tarazon, Alcañiz y Tamames, y la batalla de Talavera, en la que los franceses tuvieron una baja de

(1) En el reinado de Carlos IV, Bonaparte habia tenido la prevencion de hacer salir de España nuestras mejores tropas trasladándolas á Dinamarca, donde militaban á favor de la Francia. Luego que supieron lo que pasaba en su patria, se trasladaron á ella en embarcaciones inglesas. Nueve mil treinta y ocho hombres eran el total de los que desembarcaron en Santander: 500 habian perecido en la navegacion, y mas de 400 habian quedado prisioneros en Dinamarca. Las que militaban en Portugal á las órdenes de Junot, regresaron tambien á tomar parte en las glorias de sus compatriotas.

7,000 hombres; pero se perdieron las acciones de Uclés, Cardedeu, Moulins del Rey, Bals, Armonacid, Belchite, Alba de Tormes y Ciudad-Real y las batallas de Medellin y de Ocaña, en esta murieron 4,000 españoles, y quedaron 13,000 prisioneros y dispersos los demas. Tambien se rindieron las plazas de Jaca y de Gerona, esta última despues de una heriôca resistencia y de una capitulacion honorífica. En este año comenzaron las partidas de guerrilla, que si bien en lo general por su poca subordinacion causaban á los pueblos infinitas vejaciones, no dejaban sin embargo de hacer tanto daño á los franceses como los mismos ejércitos.

El año 1810 pasaron los franceses á las Andalucías, y recorrieron sus mejores poblaciones; Sevilla, Cádiz y la isla de Leon fueron las únicas plazas en que no pudieron entrar. El ejército que enviaba Napoleon contra Portugal puso sitio á Ciudad-Rodrigo, cuya guarnicion no se rindió sino despues de haber rechazado varios asaltos y de haber quedado casi reducida á escombros aquella miserable plaza. Lérida, Mequinenza y Morella cayeron en poder del enemigo, pero fué rechazado de Valencia.

En 1811 el ejército francés que habia pasado á Portugal pedia refuerzo para poder adelantar algo: encargado el mariscal Soult de pasar allí con sus tropas, creyó arriesgada esta empresa si antes no se apoderaba de Olivenza, Badajoz y Campo Mayor: todas tres plazas cayeron en su poder, desbaratando las tropas que Mendizabal conducía á su socorro. Entretanto habiendo retrocedido el ejército de Portugal, y no llegando ya á tiempo Soult, se volvió á la Andalucía. Se habia formado en esta provincia un ejército de 12,000 hombres entre ingleses y españoles, los que no dejaron de obtener algunas ventajas contra los franceses: en el Cerro del Pico quedaron muertos 2000 de estos y 400 prisioneros. Fueron lanzados de Olivenza y Campo Mayor. Badajoz fué sitiada por los españoles, y cuando Soult acudia á socorrerla, fué rechazado en la batalla de la Albuera, en la que perdió 8000 hombres y nosotros 5000. En las cercanías de Tarifa, en Galicia y Asturias tambien salieron perdiendo los franceses; pero por la parte de Aragon, Cataluña y Valencia se les rindieron varias plazas: y el general Blake, vencido en la batalla de Sagunto, perdió mas de 4000 hombres entre muertos y prisioneros.

El año 1812 se presentó bajo mejor aspecto. Estremadura, Andalucía, Murcia y Asturias quedaron libres de enemigos. En Castilla fué derrotado

por Suchez un cuerpo de 12,000 hombres, compuesto de ingleses, sicilianos y españoles. Las cortes llamadas á Cádiz desde el año 10, publicaron en este la constitucion de la monarquia española. El hambre, causada por haber almacenado el enemigo cuanto trigo pudo encontrar, hizo perecer un sinnúmero de familias.

1815. Los ejércitos franceses, notablemente disminuidos en la campaña anterior, no solo no pudieron recibir los refuerzos que necesitaban, sino que fueron aun que disminuirlos mas para aumentar el que Napoleon preparaba contra la Rusia, á donde pasó Sault con 50,000 de los que militaban en España. La guerra contra la Rusia le salió mal á Napoleon, pues de 500,000 hombres que condujo allí, perecieron los mas víctimas de la intemperie de la estación y de las escaseces que necesariamente sufrían en un pais asolado de propósito y reducidas á escombros sus poblaciones. En España no iban mejor paradas las armas francesas: la batalla de Vitoria, en que perdieron 8,000 hombres, acabó con las esperanzas de que pudiesen triunfar en la península. El reino de Aragon, como el de Valencia, fué evacuado de resultas de esta victoria. La vuelta de Sault con nuevas tropas solo sirvió para aumentar las glorias de los aliados, pues fué vencido en Souraren, Ortet y Tolosa; y nuestro ejército penetró en el territorio francés al mismo tiempo que entraba en París el de la coalicion del Norte. Napoleon fué destrozado, y Luis XVIII reconocido por rey de Francia.

Puesto en libertad Fernando VII, entró en España el 22 de marzo de 1814. En Valencia firmó un decreto aboliendo las Cortes actuales y prometiendo convocar otras segun el antiguo método; pero no lo hizo. Muchos diputados y sugetos conocidos por su adhesion al gobierno representativo fueron aprisionados; y cuando toda la España celebraba el triunfo de su independenciam, los que tal vez habian cooperado mas á conseguirla, y que en medio de la tirania de Napoleon podian gozarse de haber vivido libres é independientes, pasaron á la esclavitud cuando menos lo debian temer. Desde el regreso de Fernando no ocurrió por algunos años cosa notable en la península, salvo las tentativas de Porlier, de Lacy y de Mina por restablecer el sistema constitucional: los dos primeros fueron aprehendidos y murieron en el cadalso: Mina tuvo que emigrar.

En el año 1810 empezaron los americanos á separarse de la obediencia de España, y por el año 17 se hallaban emancipadas muchas provincias de aquel dilatado mundo. El gobierno español quiso, aunque tarde, recuperar aquellos estados. Reunió al efecto

en las inmediaciones de Cádiz un ejército numeroso, en el que desde luego se notaron síntomas de revolución, que aunque se sofocaron en un principio, volvieron luego á brotar en el año siguiente, que fué el de 1820. Quiroga y Riego se pusieron al frente de los sublevados, los que en número de cinco mil hombres se reunieron en la isla de Leon. Esta fuerza se fué notablemente disminuyendo; pero no por eso dejaba de cundir el fuego de la revolucion, que al cabo estalló casi á un tiempo en Galicia, Asturias, Cataluña y Aragon. En el mes de marzo se pronunciaron por el nuevo orden de cosas las tropas que habia en Ocaña, y los liberales de la corte corrieron en grupos á palacio, pidieron la Constitucion, y el rey accedió á jurarla: y desde entonces empezó á regir segunda vez el código del año 12. Reuniéronse luego las Cortes y dieron pruebas de sabiduría y moderacion discutiendo leyes útiles al pais, y conteniendo á los alborotadores. El mismo espíritu guió á las del año siguiente, que fué el 21: en este empezaron á levantarse partidas que, proclamando al rey absoluto, intentaban destruir la Constitucion. En el año 22 hubo desórdenes de consideracion. En la guardia real se notaban señales de poca adhesion al actual orden de cosas: y en el 30 de junio se sublevaron ya cuatro batallones de esta y se trasladaron al Pardo: el mismo espíritu animaba á los dos batallones que estaban de guardia en palacio. El día 7 de julio antes de amanecer entraron en Madrid los del Pardo y se dirigieron á la plaza; pero los milicianos y artilleros que estaban allí sobre las armas los recibieron á balazos, y los obligaron á huir en desorden hasta el real palacio. El rey mandó dejar las armas á los guardias, mas solo obedecieron los que no habian salido de Madrid: los del Pardo tomaron la resolucion de huir; pero seguidos de la milicia y de la guarnicion, fueron vencidos y conducidos prisioneros á la corte. Los liberales no sacaron de esta victoria todo el fruto que debian: los que entonces se apoderaron del mando, obrando como hombres de partido y exacerbando las pasiones, solo consiguieron hacerse mayor número de enemigos. Las facciones engrosaban cada dia: en Urgel se formó una regencia que mandaba en nombre del rey y las guerrillas se generalizaron en todas las provincias. En Cataluña, donde era mayor el número de facciosos, fueron casi aniquilados por Mina, capitán general de aquel Principado; el baron de Eroles, gefe de los sublevados, tuvo que fugarse á Francia: Caltesfollit y San Llorens fueron arrasados y ocupado Balaguer.

En 1823 se recibieron en Madrid las notas de la

santa alianza, que pedia algunas modificaciones en los principios de la Constitucion española: la respuesta del gobierno y de las Córtes fué negativa. La Francia, encargada de hacer cumplir los deseos de la santa alianza, envió á España un numeroso ejército. El rey, las Córtes y los liberales mas comprometidos se retiraron á Sevilla, y despues á Cádiz y á la Isla. Hasta este punto llegaron las tropas francesas sin encontrar apenas oposicion alguna: apoderáronse del Trocadero, y empezaron á bombardear á Cádiz: por lo que conociendo las Córtes y el gobierno lo inútil de su resistencia, entraron en negociaciones de paz; y aunque continuaron resistiéndose algunos dias, accedieron por fin á entregar al rey. Firmó este antes de su salida de Cádiz cuantas condiciones se le propusieron; mas tan luego como se vió entre los realistas, revocó y anuló todo lo que acababa de conceder. La persecucion contra toda clase de liberales continuó en el reinado de Fernando, como habia empezado en el de la regencia: muchas personas tuvieron que buscar un asilo en naciones extranjeras. Angulema se retiró á su pais poco satisfecho del proceder del rey. Las capitulaciones que con los franceses habian hecho nuestros generales fueron violadas en su mayor parte. El año 24 se dió un decreto de amnistía, pero sujeto á tantas excepciones, que era casi inútil su publicacion; pues al mismo tiempo se estaban practicando diligencias de prision contra muchos, y poniéndose en práctica las purificaciones, en las que se daba lugar á mil intrigas á que mas de una vez se perjudicase al inocente, y á que se vendiese la justicia, si es que podia haberla en actos tan inmorales. En este mismo

año, desembarcando en la costa de Andalucía un corto número de espatriados, apoderándose de Tarifa y de otros puntos de la playa, proclamaron la Constitucion; pero acudiendo contra ellos los franceses, que aun subsistian en Cádiz, los obligaron á huir. De aquí tomaron motivo los apostólicos, que eran los del partido servil exaltado, para perseguir no solo á los liberales, sino tambien á los mismos realistas moderados. Se establecieron comisiones militares que esparcieron el terror por todas partes, y cualquier niñería que oliese á liberalismo, era mirada como un delito atroz y digno del mayor castigo. Luego que pasó esta tormenta, ya se tuvo mas consideracion con los liberales, y algunos entraron á ocupar destinos. Esta condescendencia dió márgen á la sublevacion de Besieres, que fué fusilado en Brihuega con otros ocho de sus compañeros. La invasion de Mina en las provincias Vascongadas no tuvo resultado; las esperanzas que por entonces concibieron los liberales quedaron sofocadas con la derrota que sufrió aquel memorable caudillo. Murió Fernando VII á los 25 años y medio de su reinado, dejando nombrada por gobernadora del reino, durante la menor edad de su hija, á doña Maria Cristina de Borbon, su esposa.

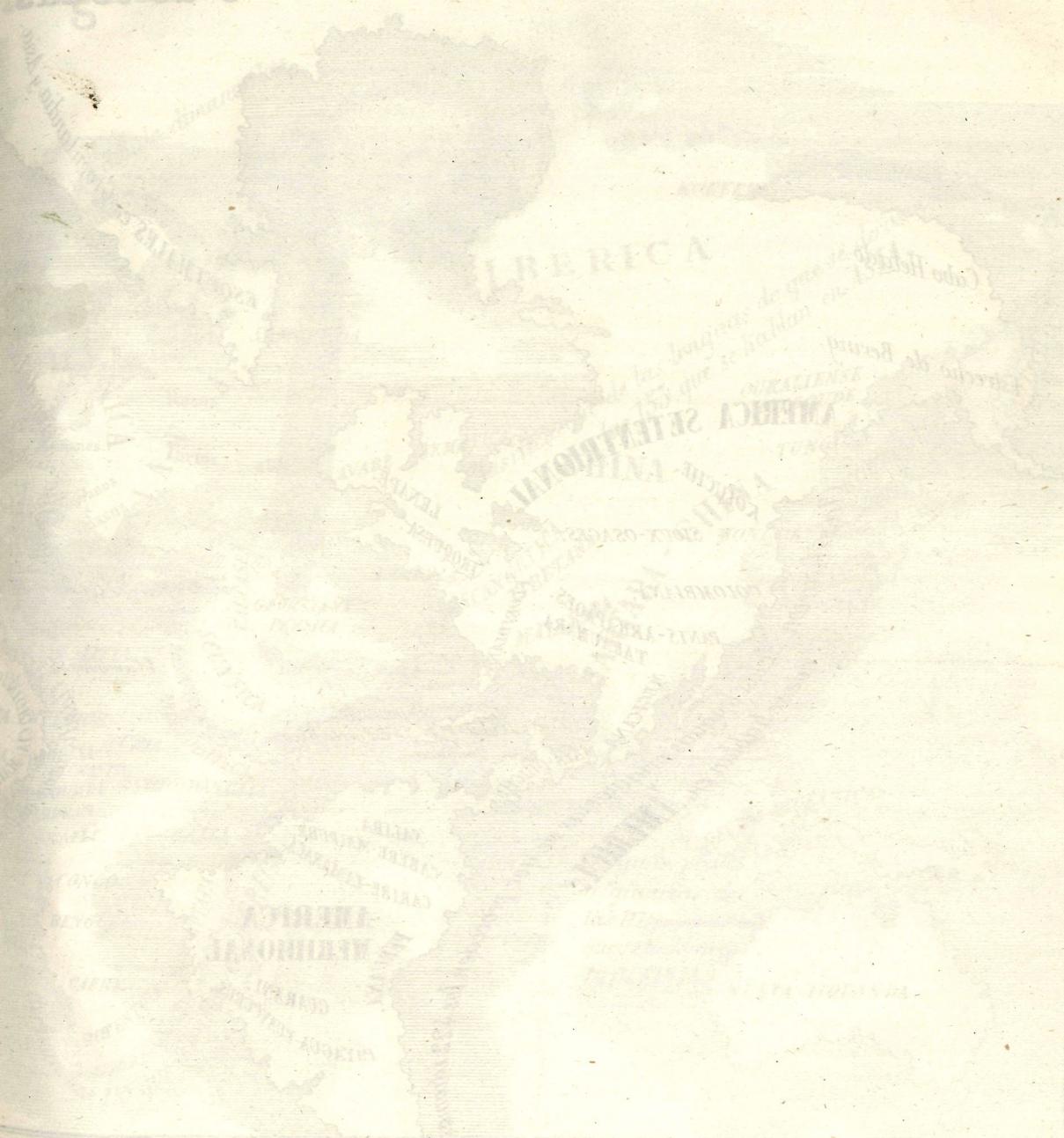
Isabel II. (Año 1832.)

El testamento de su padre, las leyes de Castilla, la voluntad de la mayoría del pueblo, y una costumbre inmemorial, constituyen á doña Isabel II reina legítima de España.

En 1832 se recibieron en Madrid las notas de la

parte de república, recibiendo el dictamen del

DEO GRATIA
o. de. de. de.



MUNDE ET NGG... DEL GLOBO